



JULIUS EVOLA

**METAFÍSICA
DEL SEXO**

En este profundo y riguroso estudio sobre el sexo y la sexualidad, Julius Evola pone al descubierto la naturaleza trascendente del eros humano, cuyas claves encuentra en la esfera del mito y de lo sagrado, y nos ofrece un vastísimo panorama de las concepciones existentes sobre el sexo en las distintas civilizaciones, así como su utilización en prácticas rituales, iniciáticas, mágicas o extáticas.

INDICE

Introducción >>

EROS Y AMOR SEXUAL >>

METAFÍSICA DEL SEXO >>

FENÓMENOS DE TRASCENDENCIA EN EL AMOR PRO-
FANO >>

DIOSES Y DIOSAS, HOMBRES Y MUJERES >>

SACRALIZACIONES Y EVOCACIONES >>

EL SEXO EN EL ÁMBITO DE LAS INICIACIONES Y DE LA
MAGIA >>

Conclusión >>

Introducción

1. *Delimitación del tema*

El título del presente libro requiere una precisión por lo que respecta al término «metafísica». Esta palabra se empleará aquí en dos sentidos. El primero es bastante corriente en filosofía, donde por «metafísica» se entiende la búsqueda de los principios y de los significados últimos. Una metafísica del sexo será por tanto el estudio de lo que, desde un punto de vista absoluto, significan, ya los sexos, ya las relaciones basadas en los sexos. Este tipo de estudio tiene escasos antecedentes. Tras haber citado a Platón, y si prescindimos de algunas alusiones que se encuentran en autores más o menos contemporáneos del Renacimiento, desde las teorías de Böehme y de ciertos místicos heterodoxos inspirados en su obra, hasta Franz von Baader, se llega enseguida a Schopenhauer, y luego ya no se puede mencionar más que a Weininger y en cierta medida a Carpenter, Berdiaiev y Klages. En la época moderna, y más todavía en nuestros días, se han multiplicado endémicamente los enfoques del problema de los sexos desde el punto de vista antropológico, biológico, sociológico, eugénico y, el último en llegar, psicoanalítico. Incluso se ha acuñado un término para denominar este tipo de estudios, la «sexología». Pero todo ello tiene poco o nada que ver con una metafísica del sexo. Aquí, como en todos los demás ámbitos, el estudio de los significados últimos no ha interesado a nuestros contemporáneos, o bien les ha parecido incoherente y superado. Se

ha creído alcanzar algo más importante y más serio manteniéndose, por el contrario, en el plano empírico y más estrechamente humano; eso, cuando no se ha concentrado la atención directamente en los subproductos patológicos del sexo.

Esto vale también, en gran medida, para los autores de ayer y de hoy que han tratado del amor más que específicamente del sexo. Se han limitado esencialmente al plano psicológico y a un análisis genérico de los sentimientos. Incluso lo que han publicado al respecto algunos autores como Stendhal, Bourget, Balzac, Soloviev o Lawrence atañe bien poco a los significados más profundos del sexo. Por lo demás, la referencia al «amor» —dado lo que en nuestros días se entiende generalmente por este término, y también a causa del desfase de tipo sobre todo sentimental y romántico que la experiencia ha sufrido en la mayoría de las personas— no podía dejar de crear un equívoco, ni dejar de restringir la búsqueda a un marco limitado y más bien banal. Sólo aquí y allá, y casi diríamos que por casualidad, alguien se ha acercado a lo que tiene que ver con la dimensión profunda, o dimensión metafísica, del amor, en su relación con el sexo.

Pero en este estudio la palabra «metafísica» se entenderá igualmente en otro sentido, que no carece de relación con su etimología, puesto que la «metafísica» designa en sentido literal la ciencia de lo que va más allá de lo físico. Este «más allá del plano físico», sin embargo, no remitirá a conceptos abstractos o a ideas filosóficas, sino a lo que como posibilidad de experiencia no sólo física, como experiencia transpsicológica y transfisiológica, resulta de una doctrina de los estados múltiples del ser, de una antropología que no se detiene, como la de los tiempos más recientes, en el simple binomio alma-cuerpo, y que conoce en cambio modalidades «sutiles» e incluso trascendentes de la conciencia humana. Este tipo de conocimiento, terreno desconocido para la mayoría de nuestros contemporáneos,

forma parte integrante de las antiguas disciplinas y tradiciones de los pueblos más diversos.

De él obtendremos, pues, puntos de referencia para una metafísica del sexo entendida en el segundo sentido de la expresión: para delimitar todo aquello que, en la experiencia del sexo y del amor, conduce a un cambio de nivel de la conciencia corriente, «física», y a veces incluso a cierta superación de los condicionamientos del yo individual y al afloramiento o inserción momentánea, en la conciencia, de modos de ser de carácter profundo.

Que en toda experiencia intensa del eros se establece un ritmo distinto, que hay una corriente distinta que impregna y que transporta, o que suspende, las facultades corrientes del individuo humano, que se producen aberturas a un mundo distinto, todo eso es algo que se ha sabido o presentido desde siempre. Pero en aquellos que son los sujetos de esa experiencia falta casi siempre una sensibilidad sutil suficientemente desarrollada para poder captar algo más que las emociones y sensaciones que los sobrecogen; no tienen ninguna base para orientarse cuando se producen los cambios de nivel de que hemos hablado.

Por otra parte, a los que convierten la experiencia sexual en estudio científico, refiriéndose para ello a otros y no a ellos mismos, no se les presentan las cosas más favorablemente en lo que se refiere a una metafísica del sexo comprendida en ese segundo sentido particular. Las ciencias que están en condiciones de proporcionar referencias adecuadas para explorar esas dimensiones potenciales de la experiencia del eros se han perdido casi del todo. Por eso han faltado los conocimientos necesarios para definir, en términos de *realidad*, los contenidos posibles de lo que habitualmente se vive de manera «irrealista» al reducir lo no humano a la exaltación de ciertas formas puramente humanas como la pasión y el sentimiento: simple poesía, lirismo, romanticismo idealizante y cursilería de todas las cosas.

Estas observaciones se refieren al campo erótico que podemos llamar profano, que es prácticamente el único que conocen el hombre y la mujer del Occidente moderno, y también el único que tienen en consideración los psicólogos y los sexólogos de nuestros días. Cuando indiquemos los significados más profundos que se esconden en el amor en general e incluso en el acto crudo que lo expresa y lo realiza —ese acto en el que «se forma un ser múltiple y monstruoso», en el que se diría que hombre y mujer «buscan humillar, sacrificar todo cuanto hay en ellos de hermoso», en palabras de Barbusse—, tal vez la mayoría de los lectores no se reconozcan en todo ello y piensen que no se trata más que de interpretaciones completamente personales, imaginarias y arbitrarias, abstrusas y «herméticas».

Las cosas sólo tendrán esta apariencia para los que consideren absoluto lo que por regla general observan en nuestros días a su alrededor, o bien lo que experimentan ellos mismos. El mundo del eros, sin embargo, no ha comenzado en nuestra época, y no hay más que referirse a la historia, a la etnología, a la historia de las religiones, a la sabiduría de los Misterios, al folklore y a la mitología para darse cuenta de que hay formas del eros y de la experiencia sexual en las que se reconocieron e integraron unas posibilidades más profundas, y en las que se ponían suficientemente de relieve unos significados de orden transfisiológico y transpsicológico como los antes citados. Este tipo de referencias, bien establecidas y unánimes en las tradiciones de civilizaciones sin embargo muy distintas, permitirán rechazar la idea que pretende que la metafísica del sexo es un simple capricho. Lo que hay que concluir es otra cosa: habrá que decir más bien que, como por atrofia, algunos aspectos del eros han pasado a estado latente, se han vuelto indiscernibles en la aplastante mayoría de los casos y que de ellos no quedan, en el amor sexual corriente, más que rastros e indicios. De modo que, para poder ponerlos de relieve, hace falta una integración, un proceso análogo

al que en las matemáticas representa el paso de la diferencial a la integral. En efecto, no es verosímil creer que en las formas antiguas del eros, a menudo sagradas o iniciáticas, hay algo inventado o añadido que no existía en absoluto en la correspondiente experiencia amorosa; no es verosímil pensar que se hacía de esta experiencia un uso para el que no se prestaba en modo alguno, ni siquiera virtualmente y en principio. Mucho más verosímil es que esa experiencia, a lo largo de las épocas, en cierto sentido se ha ido degradando, empobreciendo, ensombreciendo o perdiendo profundidad en la gran mayoría de hombres y mujeres pertenecientes a un ciclo de civilización esencialmente orientado a la materialidad. Se ha dicho con mucha razón que «el hecho de que la humanidad haga el amor como lo hace más o menos todo, o sea estúpida e inconscientemente, no impide que el misterio siga conservando toda su dignidad»^[1]. Carece de sentido, por lo demás, objetar que ciertas posibilidades y ciertos significados del eros no se han observado más que en casos excepcionales. Son precisamente esas excepciones de hoy (que además hay que referir a lo que en otro tiempo tenía un carácter claramente menos esporádico) las que proporcionan la clave para comprender el contenido potencial, profundo e inconsciente, incluso de lo profano y de lo no excepcional. Aunque en el fondo sólo se refiere a las variedades de una pasión de tipo profano y natural, tiene razón Mauclair cuando dice: «En el amor se llevan a cabo los gestos sin reflexionar, y su misterio sólo es claro para una ínfima minoría de seres... En la masa innumerable de seres de rostro humano hay muy pocos hombres: y de entre esta selección hay muy pocos que penetren el significado del amor»^[2]. Aquí, como en cualquier otro ámbito, el criterio estadístico no tiene ningún valor. Podemos dejarlo para métodos triviales como el empleado por Kinsey en sus famosos informes sobre el «comportamiento sexual del macho y la hembra de la especie huma-

na». En un estudio como el nuestro, es la excepción lo que tiene valor de «regla», en el sentido superior del término.

A partir de ahí, ya podemos delimitar los ámbitos en los que se centrará nuestro estudio. El primer campo será el de la experiencia erótico-sexual en general, o sea del amor profano tal como pueden conocerlo también cualquier hombre y cualquier mujer, y buscaremos en él «indicios intersticiales» de algo que, virtualmente, lleva más allá del simple hecho físico y sentimental. El estudio puede mancar de numerosas expresiones constantes del lenguaje de los amantes y de formas recurrentes de su comportamiento. Esta materia, pues, nos la proporciona la vida de cada día. Basta considerarla con otra luz para que, de lo que parece más estereotipado, más trivial y vacío, podamos extraer ciertas indicaciones interesantes.

También en lo que se refiere a la fenomenología del amor profano, pueden recogerse otros materiales en novelistas y dramaturgos: es sabido que en la época moderna sus obras tienen por tema casi exclusivo el amor y el sexo. Por regla general, esta producción puede tener también cierto valor de testimonio, de «documento humano», porque la materia prima de la creación artística está constituida habitualmente por una experiencia personal efectivamente vivida, o al menos tendencial. Y lo que además presenta para merecer el nombre de arte —en lo que hace sentir, decir o hacer a los distintos personajes— no siempre se reduce a la ficción y la imaginación, sino que por el contrario puede tratarse de integraciones, de amplificaciones e intensificaciones en las que se ilumina claramente lo que en la realidad —en la experiencia personal del autor o de otros individuos— se ha presentado de manera solamente incompleta, muda, o a modo de conato. Pueden buscarse, pues, en el arte y la novela, materiales suplementarios que hay que considerar objetivos y que a menudo conciernen a formas ya diferenciadas del *eros*.

Pero la búsqueda de materiales tropieza con dificultades paniculares cuando se trata de datos que se refieren a un ámbito importante para nuestro estudio, que es el campo de los estados que se manifiestan durante el apogeo de la experiencia erótico-sexual, durante el acoplamiento. La literatura, en este caso, no ofrece demasiado. Hasta hace poco había el veto del puritanismo. Pero incluso en las novelas modernas más atrevidas predomina lo trivial y lo vulgar sobre la materia que podría resultar utilizable para lo que aquí nos interesa.

De la propia literatura pornográfica clandestina se puede sacar bien poco. Fabricada esencialmente para excitar a los lectores, es terriblemente pobre en lo que se refiere, no a los hechos y escenas descritas, sino a las correspondientes experiencias interiores: cosa lógica por otra parte, pues esta literatura está generalmente privada de toda autenticidad.

En cuanto a la posibilidad de recoger materiales directamente, se encuentra aquí una doble dificultad, subjetiva y objetiva. Subjetiva porque, no ya con extraños, sino con la propia pareja masculina o femenina se rehúye hablar con exactitud y sinceridad de lo que se experimenta en las fases más exaltadas de la intimidad corporal. Y dificultad objetiva porque esas fases corresponden muy a menudo a formas de conciencia reducida (y es lógico que sea así en la mayoría de las personas), hasta el punto de que cabe que no se recuerde lo que se ha sentido, y ni siquiera lo que se ha dicho o hecho en esos momentos, cuando éstos se desarrollan en sus formas más interesantes. Hemos podido constatar, precisamente, que los momentos cumbre de la sexualidad, extáticos o frenéticos, suelen coincidir con interrupciones más o menos profundas de la conciencia en los amantes, de donde éstos vuelven en sí como vaciados; o bien lo que es pura sensación o emoción paroxística termina por confundirlo todo.

Gracias a su profesión, los neurólogos y los ginecólogos se encuentran teóricamente en una situación muy favorable para reunir materiales útiles, si supiesen cómo orientarse y se interesasen por este campo. Pero no es éste el caso. Con extremo buen gusto, la escuela positivista del siglo pasado llegó a publicar fotografías de órganos genitales femeninos para establecer peregrinas correspondencias entre mujeres delincuentes, prostitutas y mujeres de las poblaciones salvajes. Pero presentar una colección de testimonios de tipo introspectivo sobre la experiencia interior del sexo parece no tener ningún interés para ellos. Por lo demás, cuando en este campo intervienen pretensiones científicas, «sexológicas», los resultados suelen dar en general muestras de una incompetencia más bien grotesca: y es que aquí, como en otros campos, la condición previa para comprender una experiencia es conocerla ya personalmente de manera adecuada. Havelock Ellis^[3] ha destacado con razón que «las mujeres que, muy seria y muy sinceramente, escriben libros sobre estos problemas [sexuales] son a menudo las últimas a las que habría que dirigirse como individuos representativos de su sexo: las que más saben son las que menos han escrito». Diremos más: las que más saben son las que no han escrito nada en absoluto, y la cosa, naturalmente, vale también en gran medida para los hombres.

Finalmente, en cuanto al ámbito del eros profano, debemos repetir que la disciplina que más recientemente ha hecho del sexo y de la *libido* una especie de idea fija, o sea el psicoanálisis, no nos interesará demasiado debido a los objetivos de este estudio. Sólo podrá ofrecernos indicaciones útiles de manera episódica. Por regla general, sus investigaciones se han visto falseadas desde el punto de partida por sus propios prejuicios y por su concepción absolutamente desviada y contaminadora del ser humano. Incluso puede decirse que precisamente porque hoy el psicoanálisis, mediante una inversión casi demoníaca, ha puesto de relieve una primordialidad infra-personal del sexo, hay que

oponerle otra primordialidad, metafísica, de la cual es degradación la primera: ésta es la intención fundamental de este libro.

Todo esto, pues, en el ámbito de la sexualidad corriente, diferenciada o no, la cual, como se ha dicho, no debe identificarse sin más con toda sexualidad posible. Hay en efecto otro ámbito, mucho más importante para nosotros, que es el que corresponde a las tradiciones que han conocido una sacralización del sexo, un uso mágico, sagrado, ritual o místico de la unión sexual e incluso de la orgía, a veces en formas colectivas e institucionalizadas (fiestas estacionales, prostitución sagrada, hierogamias, etc.). Los materiales de que hemos dispuesto a este respecto son bastante extensos; su carácter retrospectivo nada quita a su valor. También aquí todo depende de la posesión o no posesión de los conocimientos adecuados para proceder a una interpretación justa sin considerar todos esos testimonios como lo hacen prácticamente sin excepción los historiadores de las religiones y los etnólogos: es decir, con el mismo interés «neutro» que puede experimentarse por objetos de museo.

Este segundo campo, con su fenomenología referida a una sexualidad que ya no es profana, admite a su vez una división que puede hacerse corresponder con la que existe entre exoterismo y esoterismo, costumbres corrientes y doctrina secreta. Si dejamos de lado ciertas formas de práctica sexual, las más conocidas de las cuales son el dionisismo y el tantrismo populares así como los diversos cultos eróticos, ha habido medios que no sólo han reconocido la dimensión más profunda del sexo, sino que han formulado técnicas a menudo dotadas de finalidades clara y expresamente iniciáticas: se ha considerado un régimen particular de la unión sexual que podía conducir a formas particulares de éxtasis y que permitían vivir anticipadamente la experiencia de lo incondicionado. Existe documentación referida a este campo especial, y aquí la concordancia bastante visi-

ble de la doctrina y los métodos, en las distintas tradiciones, es muy significativa.

Considerando estos distintos ámbitos como partes de un todo que se completan y se esclarecen recíprocamente, la realidad y el sentido de una metafísica del sexo quedarán suficientemente claros. Lo que habitualmente los seres humanos sólo conocen cuando se sienten atraídos el uno por el otro, cuando se aman y se unen, será restituido al conjunto más vasto, del que todo ello forma parte principalmente. A causa de circunstancias especiales, esta obra representará poco más que un esbozo. En nuestros libros hemos tenido ya ocasión de hablar de la doctrina esotérica del andrógino, así como de las prácticas sexuales de las que es fundamento esta doctrina. Por lo que se refiere a la parte más nueva, es decir, la búsqueda en el campo del amor profano, hubiéramos tenido que disponer de materiales mucho más abundantes, pero, aparte de las dificultades antes señaladas, una situación contingente totalmente personal nos ha impedido recogerlas. Con todo, habrá las suficientes para indicar una dirección y para dar una idea de conjunto.

2. *El sexo en el mundo moderno*

Antes de entrar de lleno en el tema, tal vez no resulten inútiles unas breves consideraciones sobre la época en que se ha escrito este libro. Todo el mundo conoce el papel que desempeña el sexo en nuestra época, hasta el punto de que actualmente podría hablarse de una especie de obsesión sexual. Nunca como hoy en día se ha puesto tan en primer plano el sexo y la mujer. De mil formas distintas, la mujer y el sexo dominan en la literatura, el teatro, el cine, la publicidad, en toda la vida práctica contemporánea. De mil formas, la mujer es exhibida para atraer e intoxicar sexualmente al hombre sin cesar. El *strip tease*, la moda america-

na de la muchacha que en escena se va desnudando progresivamente quitándose una tras otra sus prendas más íntimas hasta el mínimo necesario para mantener en los espectadores la tensión propia de ese «complejo de espera» o estado de *suspense* que se vería destruido por la desnudez inmediata, completa y descarada, tiene el valor de símbolo que resume todo cuanto en los últimos decenios de civilización occidental se ha desarrollado en todos los terrenos bajo el signo del sexo. Por supuesto que los recursos de la técnica se han empleado al efecto. Los tipos femeninos más particularmente fascinantes y excitantes ya no sólo se conocen, como antes, en las zonas restringidas de los países en que viven o se encuentran. Cuidadosamente seleccionadas y puestas de relieve a toda costa, a través del cine, la revista, la televisión, las revistas ilustradas etc., actrices, estrellas y *misses* se convierten en focos de un erotismo cuyo radio de acción es internacional e intercontinental, del mismo modo que su esfera de influencia es colectiva, incluyendo también capas sociales que en otro tiempo vivían dentro de los límites de una sexualidad normal y anodina.

De esta moderna pandemia del sexo hay que destacar el carácter de cerebralidad. No se trata de impulsos más violentos que sólo se manifiestan en el plano físico dando lugar, como en otras épocas, a una vida sexual exuberante, no inhibida, y a veces al libertinaje. Hoy el sexo más bien ha impregnado la esfera psíquica, produciendo en ella una gravitación insistente y constante alrededor de la mujer y del amor. Se tiene así, como tono de fondo en el plano mental, un erotismo que presenta dos grandes características: en primer lugar una excitación difusa y crónica, prácticamente independiente de toda satisfacción física concreta, porque dura como excitación psíquica; en segundo lugar, y en parte como consecuencia de ello, este erotismo puede llegar incluso a coexistir con la castidad aparente. Por lo que se refiere al primero de estos dos puntos, es caracterís-

tico que se piense mucho más en el sexo hoy en día que en tiempos pasados, cuando la vida sexual era menos libre y podía esperarse lógicamente —puesto que las costumbres limitaban con más fuerza una libre manifestación del amor físico— esa intoxicación mental que en cambio es típica de nuestra época. El segundo punto remite sobre todo a ciertas formas femeninas de anestesia sexual y de castidad corrompida en relación con lo que el psicoanálisis denomina variantes autísticas de la *libido*. Se trata de esas muchachas modernas para las cuales la exhibición de la desnudez, la acentuación de todo lo que puede hacerlas provocativas para el hombre, el culto a su propio cuerpo, los cosméticos y todo lo demás, representan lo esencial y les proporcionan un placer traspuesto que prefieren al placer específico de la experiencia sexual normal y concreta, hasta provocar para con ésta una especie de insensibilidad e incluso en ciertos casos de repulsión neurótica^[4]. Estos tipos femeninos deben clasificarse precisamente entre los focos que más alimentan la atmósfera de lujuria cerebralizada, crónica y difusa de nuestra época.

Tolstoi le dijo una vez a Gorki: «Para un francés, lo primero de todo es la mujer. Es un pueblo extenuado, deshecho. Dicen los médicos que todos los tísicos son sensuales». Dejando aparte a los franceses, lo cierto es que la difusión pandémica del interés por el sexo y la mujer caracteriza a toda época crepuscular y que este fenómeno de la época moderna es, pues, uno de los numerosos fenómenos que nos muestran que esta época representa la fase más avanzada, terminal, de un proceso regresivo. No podemos dejar de recordar las ideas formuladas por la Antigüedad clásica a partir de una analogía con el organismo humano. La cabeza, el pecho y las partes inferiores del cuerpo son en el hombre las sedes respectivas de la vida intelectual y espiritual, de los impulsos del alma que van hasta la disposición heroica, y finalmente de la vida del vientre y del sexo. Les corresponden tres formas dominantes de interés,